

PRIMERA PARTE

1

Florencia, Siglo XIII

—*Sacrae Cantiones XIII. 'O Altitudo Divitiarum. Instrumental. F. Guerrero—*

Matilda de Canossa, hija de Bonifacio III de Toscana y de Beatriz de Lotaringia, conocida como la Gran Condesa y poderosa señora feudal, fue artífice de la construcción a finales del siglo XI del más eficiente sistema de defensa amurallado que protegía la ciudad de Florencia. Fallecida de una crisis gotosa a principios del siglo XII dejó en manos de su ciudad los bienes necesarios para que después de su muerte se completara la circunvalación amurallada como muestra de su afecto por la metrópoli. En apenas dos años, y debido al crecimiento continuo de una urbe que ya alcanzaba cerca de los 40.000 habitantes, la extensión de una quinta muralla, que seguía las pautas carolingias, había multiplicado por tres el área inicial y contenía, además de las murallas, varios castillos, casi cuarenta torres y, como las murallas gerundenses, múltiples portales y baluartes. Si las murallas tenían una finalidad exclusivamente militar, las torres que progresivamente fueron construidas fueron utilizadas como casas dando lugar a las llamadas "sociedades de la torre", asociaciones que juntaban a los dueños de varias torres permitiéndoles controlar una porción de la ciudad. La velocidad con la que las diversas murallas fueron construidas fue una prueba evidente de la prosperidad que reinaba en Florencia. La ciudad se había convertido en el centro principal de la Toscana continental tras su dominancia sobre Lucca, Pisa y Siena, gracias a su crecimiento en el artesanado, el comercio y el transporte fluvial, viendo asimismo florecer actividades artísticas y culturales. Nobles, mercaderes y militares de caballería constituían los grupos sociales dominantes. El crecimiento poblacional en diez mil habitantes desde mediados del siglo anterior no fue debido a un incremento natural sino a la inmigración acelerada de una clase media rural que contribuyó en gran medida a la prosperidad económica de la ciudad. En el campo espiritual, nuevas órdenes religiosas de primer rango como franciscanos, dominicos, agustinos y carmelitas desempeñaron un papel clave en la estructura de una ciudad medieval que, aunque dividida por luchas fratricidas, perturbada por herejías de cátaros o albigenses, alborotos políticos y conflictos entre gúelfos fieles al papado y gibelinos seguidores del Sacro Imperio Romano, aún conservaba prácticas devotas especialmente entre la población más joven...

Florençia, marzo de 1225

—*Miserere mei, Deus. G. Allegri*—

El Padre Santiago de Poggibonsi era un hombre de gran envergadura, brazos y piernas desproporcionadamente delgadas e interminables, pies claramente planos, esternón prominente, pelo lacio, ojos saltones y mandíbula pequeña. Sus formas eran típicamente marfanoides. Era reconocido al instante no solo por sus características físicas sino también por su potente voz de barítono. Siempre quiso dedicarse a la música, pero su inquietud espiritual superó con creces a corcheas y semicorcheas. Sin embargo, esa mañana se despertó sin ganas alguna de practicar el canto. Había dormido mal, aunque no sabía muy bien a qué atribuirlo. Seguramente, eso se debía a que era muy consciente de que uno de los próximos días iba a poner en marcha un desafío al poder eclesiástico del que podían desprenderse no graves pero sí importantes consecuencias para un grupo de personas a las que apreciaba sobremedida. Pero no podía echarse atrás, era el guía del grupo y no podía dejarles caminar solos sin su pauta. Hacía poco tiempo que les ayudaba a encontrar el sentido de sus vidas. Eran jóvenes, pero no sobradamente preparados. Él sabía con seguridad que le necesitaban. Lo notaba cada vez que se encontraban tanto en grupo como individualmente.

Y a pesar de todo, sabía que, si llegaba el momento, podría hacer valer su voz sin que se notara esa intranquilidad, pues conservaba una tesitura vocal tal que le permitía cantar desde un la grave a un fa agudo de las composiciones del trovador italiano Sordello da Goito que, aunque menores, no estaban exentas de cierta dificultad. Siempre le pedían que cantase, pero a pesar de su deseo de no destacar, nunca ofrecía un no por respuesta. Sabía, por otro lado, que con su voz alegraba la vida de los demás y ello le bastaba y satisfacía.

—Pedirme que os cante, pero os agradeceré que no sea por mucho tiempo—decía. Aquella mañana de marzo había madrugado algo más que de costumbre. No eran ni las seis de la mañana que ya se había aseado, desayunado su pan con cereales y leche de almendras y estaba ya dispuesto para dirigirse a vía Calzaiuoli para recibir quizás a nuevos jóvenes deseosos de dedicar un tiempo a su devoción mariana. La primavera de aquel año no había empezado con buen pie. Hacía unos días que el Padre Poggibonsi se despertaba con el repicar de la lluvia en la ventana de su habitación. Siempre esperaba la llegada de la primavera para iniciar el día con el canto agudo de los pájaros, pero esos días parecía que todos ellos hubiesen partido a tierras aparentemente más cálidas. Cogió su paraguas, se abrigó y salió a la calle rumbo a la sede de la Compañía de Santa María también llamada de los *Laudesi*, ubicada entre vía Calzaiuoli y vía Lamberti.

Como normalmente iba con tiempo, pudo detenerse, como hacía casi siempre, en contemplar la catedral de su ciudad, dedicada a Santa Reparata, una de las primeras

virgenes mártires que siendo niña murió apaleada a corta edad en Cesarea de Palestina acusada de ser cristiana e injuriar a los dioses romanos. Se detuvo ante una imagen de la Santa en el portal central de la catedral dedicándole una plegaria de pocos minutos. Si bien había mucho ruido alrededor supo aislarse del mismo y recogerse en su oración pidiendo luz para que, cuando llegase el día, supiese afrontar el mayor reto de su vida ante sus superiores. Por lo que intuía no iba a ser nada fácil. Él solo ante el poder eclesialístico. Necesitaba de toda la ayuda posible, pues de ello dependía el futuro de sus más apreciados.

—Confío en ti, mi Señora, para que me deis luz ante el mayor reto de mi vida —se decía interiormente.

Tan ensimismado estaba que no se dio cuenta que al otro lado de la calle lo estaban observando. Un hombre de baja estatura y algo dejado en su indumentaria no le quitaba un ojo de encima. Desde hacía un rato y sin que él lo apreciara le seguía sus pasos. Por momentos, tuvo que acelerar pues no podía seguir el ritmo del sacerdote. A veces incluso le perdía la pista, que recuperaba en breve gracias a que su altura hacía fácil seguirle, aunque fuese a distancia. La expresión de aquel hombre no presagiaba nada bueno. Su rostro era frío, despierto, calculador, propio de personas que no pierden detalle. No parecía que sus intenciones fuesen solo las de seguir los pasos del religioso.

Acto seguido, el Padre Poggibonsi decidió entrar en la catedral y maravillarse de su único ábside y de sus tres naves separadas por catorce pares de columnas con arcos, separadas algo más de tres metros cada una de ellas. Sus medidas globales eran considerables para la época. Sesenta metros longitudinales, incluyendo el ábside, y casi treinta metros de anchura hasta la pared oblicua, hacían de Santa Reparata una de las catedrales más grandes de Europa después de las de Siena y Pisa. Desde su edificación en el siglo V para celebrar la victoria sobre el jefe godo Radagaiso ocurrida durante el reinado del emperador romano Flavio Augusto Honorio, lo que más llamaba la atención a todo aquel que entraba en Santa Reparata eran los variados diseños del gran mosaico que cubría su suelo. Desde rosetas de cuatro hojas incluidas en círculos y octógonos a símbolos cristianos de cálices o cruces latinas pasando por escudos de armas con forma romboidales y motivos geométricos policromados. Sin embargo, lo que más llamó la atención del Padre Poggibonsi fue un mosaico policromado, de una época probablemente paleocristiana, con la imagen de un pavo real que ubicado en la nave central representaba la resurrección para el cristiano.

Tan embelesado quedó en esta visita que no tuvo conciencia del paso del tiempo y comprobó que no iba a cumplir con uno de sus valores, la puntualidad. Un nuevo repicar de las campanas de Santa Reparata le recordó que debía dirigirse sin demora a su encuentro con sus nuevos jóvenes discípulos. Aceleró el paso y divisó a lo lejos vía Calzaiuoli, famosa en la época por sus queseros a un lado y sus pintores al otro. Se adentró en ella sin aún darse cuenta de que lo estaban siguiendo y alcanzó el

edificio que albergaba los encuentros de los *Laudesi*, cofradía devota que nació para satisfacer la creciente veneración de las imágenes marianas pintadas en las logias florentinas o galerías exteriores conformadas por arcos sobre columnas.

Aquella era una fecha importante, pues se acercaba la fiesta de la Pascua, días en los que además de las festividades de la Inmaculada Concepción, la Anunciación, la Navidad, Pentecostés y fiestas de San Miguel, San Juan Bautista, Santa Reparata y San Lorenzo, la Compañía celebraba las principales reuniones de la hermandad. El edificio se caracterizaba ante todo por los grandes arcos exteriores de su planta baja con diversos escudos de armas de la Compañía en sus laterales que contenía el emblema de la entidad compuesto por las letras doradas *OSM* en referencia a una pequeña iglesia parroquial adjunta dedicada a San Miguel Arcángel construida sobre un terreno en el que cinco siglos atrás albergaba un huerto (*orto*) de cultivo de vegetales de un monasterio benedictino; de aquí el nombre original de *Orti di San Michele* que derivó posteriormente en *San Michele in Orto*. Su interior contenía únicamente dos naves con seis pilares cuadrados en el centro que soportaban las bóvedas cruzadas de los lados que sostenían no con cierta dificultad las habitaciones superiores dedicadas a los diferentes oficios. Con el intento de dar una santa protección al edificio, sobre el primero de los pilares fue grabada la imagen de la Virgen María y sobre ella otra del arcángel San Miguel, patrón original del lugar.

Gracias a sus largas piernas y a un paso progresivamente más acelerado el Padre Poggibonsi alcanzó finalmente su destino. Aunque algo exhausto por un esfuerzo no habitual, rápidamente recuperó el aliento y se acercó a dos jóvenes que en la puerta de entrada parecían no atreverse a entrar.

—Buenos días, soy el Padre Poggibonsi, ¿a quién tengo el gusto de saludar? —preguntó.

—Mi nombre es Bonfilio, de la familia de los Monaldi —dijo uno de ellos.

—Y yo, Benito, de los Manetto —dijo el otro.

—Bienvenidos seáis a la Compañía de los *Laudesi*. Entrad sin miedo. Acompañadme y os presentaré a otros miembros de nuestra confraternidad que supongo ya habrán llegado.

Pasaron los tres al interior, el Padre Poggibonsi delante y sus acólitos detrás. Los jóvenes quedaron impresionados por el ambiente. Había una paz tal que contrastaba enormemente con el ambiente exterior del que provenían, en el que, aunque se conservaban algunas prácticas devotas, dominaba la inquietud social, los alborotos políticos y una cierta relajación moral. Aunque eran miembros de algunas de las familias más acomodadas de la ciudad de Florencia, desde su primera infancia vivían más pendientes de temas espirituales que de los llamados temporales o terrenales. Solo hacer acto de presencia, otros jóvenes y no tan jóvenes dejaron sus conversaciones y se acercaron a ellos con una actitud claramente acogedora y receptiva.

—Bienvenidos seáis hermanos —dijo uno de ellos llamado Juan, con una potente voz grave.

—Sed Bienvenidos en María —dijeron el resto casi al unísono. Sus nombres eran Bartolomé, Gerardino, Ricovero y Alexis.

—¿Qué os trae por aquí? ¿Os gustaría añadirnos a nuestra Compañía? Si es así, nos agradecería conocerlos mejor. ¿Podrías presentarlos brevemente para que los podamos conocer mejor y saber de vuestra vida y virtudes?

Aunque algo impresionados por tan agradable acogida y temerosos de no saber articular correctamente las palabras, Bonfilio tomó la palabra y se presentó.

—Ante todo, os agradezco vuestra bienvenida. Me habían hablado de vuestra Hermandad, pero no llegué a imaginar que, tal y como parecen ser la mayoría de los jóvenes de nuestra ciudad, fuerais de esta manera.

Todos sonrieron sabedores que se sentían algo diferentes a la mayoría de los jóvenes de su edad.

—Mi nombre es Bonfilio, nací en Florencia hace veintiséis años. Mis padres siempre confiaron en mi buen hacer y por ello me pusieron el nombre que ostento. Perteneczo a la noble familia de los Monaldi, propietaria de la Torre Monaldi que no dudo conoceréis por su altura, uso eminentemente comercial y una peculiaridad que la diferencia del resto de las torres florentinas: el descanso de su cuerpo central sobre ménsulas de piedra. El blasón de mi familia se corresponde con un pavo real en el centro sobre un fondo rojo con ribete dorado a su alrededor.

—Perdonad que os interrumpa —dijo el Padre Poggibonsi.

—¿Quizás vuestra familia tiene algo que ver con el pavo real del mosaico del suelo de Santa Reparata? —añadió.

—Lo desconozco —dijo Bonfilio, siguiendo con su relato.

—Soy el menor de cuatro hermanos. Mis padres nos enseñaron desde pequeños que lo que teníamos no era propiedad de uno sino de todos y, aunque no fue fácil, aprendimos a compartir como hermanos todas nuestras cosas. Todo era comunitario, como así obraban los primeros cristianos y así podéis comprobarlo en uno de los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles.

—Nos agrada oír vuestras palabras —le interrumpió esta vez Gerardino—. De hecho, la ausencia de propiedad de nuestras pertenencias es uno de los lemas de nuestra Hermandad. Pero, disculpad, seguid con vuestra presentación, Bonfilio.

—Nada nos faltaba en el día a día, pero no por ello dejábamos de apreciar el valor de las cosas. Eso nos unió más como hermanos. Desde pequeño y así me lo decían mis hermanos era el que más apreciaba la belleza de las cosas y el que siempre tomaba la iniciativa a la hora de bendecir la mesa y dar gracias especialmente a nuestra Señora.

Todos asintieron mirándose, dando conformidad a las palabras que estaban escuchando.